

paciente por saber el éxito de la algarada, le mandó llamar. Merindol compareció á presencia de Vallombreuse con semblante turbado y caido el brazo, pues el porrazo le hacia sufrir mucho. Palidez verdosa cubria su curtido semblante y corrian por su frente algunas gotas de sudor. Inmóvil y silencioso, permanecia al umbral de la puerta, aguardando una palabra que le alentase ó una pregunta del duque, que estaba encerrado en el más profundo mutismo.

— Y bien, — dijo el caballero de Vidaline viendo que Vallombreuse miraba á Merindol con torvo semblante, — ¿qué noticias nos traes? — Malas, sin duda, á juzgar por tu aspecto poco victorioso.

— El señor duque, — respondió Merindol, — no puede poner en duda nuestro zelo en ejecutar sus órdenes, pero esta vez la fortuna no ha favorecido nuestro valor.

— ¿Cómo se entiende? — exclamó Vallombreuse con un movimiento de cólera; — ¿entre cuatro no habeis logrado apalea á ese cómico?

— Ese cómico, — respondió Merindol, — sobrepaja en fuerza y en valor los Hércules fabulosos. Se ha echado tan furiosamente encima de nosotros, que de agredido convertido en ofensor, en ménos que canta un gallo ha hecho rodar por los suelos á Azolan y á Basque, que han caido bajo sus golpes como capuchinos de carton, y eso que no puede negárseles valor. Labriche ha sido derribado por otro cómico por medio de un ingenioso ardid de gimnástica, y su nuca conoce á estas horas la dureza del empedrado de Poitiers. Yo mismo he sacado mi palo roto por la cachiporra del señor Herodes, y el hombro magullado de tal suerte que no podré hacer uso de mi brazo antes de quince dias.

— ¡No sois más que unos cobardes y unos rufianes sin maña, sin abnegacion y sin valor! — gritó el duque en el paroxismo de su cólera. Una vieja os pondria en fuga con su rueca. ¡Desacertado anduve al arrancaros de la horca y de las galeras. Tanto le valdria á uno tener gente honrada á su servi-



cio: de fijo que no serian ni más torpes ni más cobardes. Ya que los garrotes no bastan, hay que echar mano de las espadas.

—Monseñor,—repuso Merindol,—habia ordenado una paliza y no un asesinato, y nosotros no nos hubiéramos atrevido á propasarnos.

—Hé aquí,—dijo riendo Vidaline,—un pillete formalista, puntual y concienzudo. Me distrae este candor en la alevosía; ¿qué decís á ello? Esta aventura comienza de un modo por demás novelesco y que debe satisfaceros, Vallombreuse, puesto que las facilidades os aburren y os entusiasman los obstáculos. Por ser comedianta, Isabel me parece de laborioso acceso; habita una torre sin puente levadizo y guardada, como en las historias de caballerías, por dragones echando por su boca fuego y llamaradas. Pero ahí vienen nuestras descalabradas huestes.

En efecto, Azolan, Basque y Labriche, vueltos en sí de su desvanecimiento, aparecieron á la puerta del salon tendiendo hácia el duque sus manos en actitud suplicante. Los tunantes estaban lívidos, hoscos, cubiertos de barro y de sangre, aunque no tuviesen otras heridas que contusiones; pero la violencia de los porrazos habia determinado hemorragias nasales, que tuvieron de asquerosas manchas sus coletos.

—¡Volveos á vuestras pocilgas, canallas!—gritó el duque que no era nada blando, á la vista de aquella banda de lisiados.—No sé como no os hago aplicar una mano de azotes por vuestra imbecilidad y cōbardía; mi cirujano os va á visitar, y me dirá si los puñetazos de que os pretendéis heridos son de consecuencia, sinó, os hago despellejar como anguilas de Melun. ¡Idos!

La destrozada hueste se dió por avisada, y desapareció como un solo hombre, tanto terror inspiraba el duque á aquellos espadachines, gente de vida airada, que no eran sin embargo tímidos por naturaleza.

Quando los pobres diablos se hubieron retirado, Vallom-

breuse se dejó caer sobre una pila de almohadones, y guardó un silencio que Vidaline respetó. Por su cerebro cruzaban siniestros pensamientos como por un cielo tempestuoso negros nubarrones impulsados por el viento. Quería pegar fuego á la posada, robar á Isabel, matar al capitan Estruendo, arrojar al agua del primero al último la compañía de cómicos. ¡Por la primera vez en su vida encontraba resistencia! ¡habia ordenado una cosa y no se habia ejecutado! ¡Un cualquiera hacia menosprecio de él! ¡Criados suyos habian sido puestos en fuga y zurrados por un capitan de teatro! A esta idea se sublevaba su orgullo, y experimentaba como una especie de estupor. ¿Era de veras posible que alguien le hiciese cara? Luego pensaba que, vistiendo un traje magnífico, cuajado de diamantes, engalanado con sus más ricos adornos, en todo el brillo de su rango y de su belleza, no habia podido obtener una mirada favorable de la miserable comedianta, de una actriz errante, de una muñeca expuesta cada noche á los silbidos del primer guiton, él á quien las princesas acogian con la sonrisa en los labios, por quien las duquesas suspiraban de amor, y que no habia encontrado jamás mujer que se le opusiese. Rechinaba de rabia los dientes, y su mano, crispada, estrujaba el espléndido jubon de raso blanco, que aun no se habia quitado, como si hubiese querido castigarlo por haber secundado tan mal sus proyectos de seduccion.

Por último se levantó bruscamente, hizo con la mano una señal de despedida á Vidaline, y se retiró, sin probar la cena que acababan de servirle, á su dormitorio donde el Sueño no fué á entornar los cortinajes de damasco de su cama.

Vidaline, á quien el pensamiento de Serafina hacia compañía, no se apercibió que cenaba solo, y comió con gran apetito. Mecido por voluptuosas ilusiones de las que era objeto la jóven comedianta, durmió de un tiron hasta el dia siguiente.



Cuando Sigognac, Herodes y el Intrigante volvieron á entrar en la posada, encontraron á los demás cómicos muy alarmados. Los gritos: ¡Fuerte en él! ¡fuerte en él! y el ruido de la refriega habian llegado, á través del silencio de la noche, á oídos de Isabel y de sus camaradas. La jóven estuvo á pique de desmayarse, y sin Blazius que la sostenia por los codos, se le hubieran doblegado las piernas. Pálida como la cera y temblorosa, aguardaba al umbral de la puerta de su cuarto para saber noticias. Al ver á Sigognac ileso, escapóse de los labios de Isabel un débil grito, levantó los brazos al cielo y los dejó caer alrededor del cuello del jóven, ocultando su rostro contra su hombro con un adorable movimiento de pudor; pero dominando súbitamente su emocion, se apartó de Sigognac, retrocedió algunos pasos y recobró su reserva habitual.

—¿Al ménos no estais herido?—preguntó Isabel con voz dulcísima.—¡Cuánto sufriría si, por mi causa, os hubiese sobrevenido el menor mal! ¡Qué imprudencia la vuestra! ¡ir á provocar á ese duque tan gallardo y tan malo, que tiene la mirada y el orgullo de Lucifer, por una pobre jóven como yo! No andais acertado, Sigognac; ya que ahora sois cómico como nosotros, es preciso saber sufrir ciertas insolencias.

—No permitiré jamás,—respondió Sigognac,—que nadie insulte en mi presencia á la adorable Isabel, aunque cubra mi rostro la máscara de un capitan.

—¡Bien dicho,—exclamó Herodes,—bien dicho y mejor ejecutado! ¡Dios de Dios! ¡qué formidables estocadas! Bien les ha valido á esos pilletes que la espada del difunto Matamoros no tuviese filo, pues de lo contrario los hubiérais partido del cráneo al tacón, como los caballeros andantes hacian con los moros y los encantadores.

—Vuestro baston trabajaba tan bien como mi tizona,—replicó Sigognac, correspondiendo al cumplido de Herodes,—y vuestra conciencia debe estar tranquila, pues esta vez los que degollabais nada tenian de inocentes.

—¡Oh! no,—respondió el Tirano abriendo desmesuradamente la boca y despidiendo una franca carcajada,—la nata y flor de las mázmorras, verdaderos malhechores.

—Debemos convenir que estos lances no son hechos para la mayoría de la gente honrada,—dijo Sigognac;—pero no olvidemos celebrar como es debido el valor heróico del jamás bastante alabado Intrigante, quien ha peleado y vencido sin más armas que las que le diera naturaleza.

El Intrigante, que era gracioso, encorvó la espalda, como hinchado de la alabanza, llevó la mano al corazon, bajó los ojos é hizo una reverencia llena de modestia.

—De buena gana yo os hubiera acompañado,—exclamó Blazius;—pero la cabeza me vacila á causa de la edad, y no sirvo para otra cosa que para empuñar el vaso en conflictos de botellas y batallas de potes.

Terminada la conversacion, y siendo ya adelantada la hora, cada cómico se retiró á su aposento, á excepcion de Sigognac que dió todavía algunas vueltas por la galería como meditando un proyecto: el cómico estaba vengado, pero el noble no. ¿Iba á arrojar la máscara que le aseguraba su incógnito, decir su verdadero nombre, dar una publicidad, atraer quizá sobre sus camaradas la cólera del jóven duque? La prudencia vulgar decia *no*, pero el honor *sí*. El Baron no podia resistir á esta voz imperiosa, y se dirigió hácia el cuarto de Zerbina, á la puerta del cual llamó quedito. Entrea-brióse primeramente esta y luego se abrió de par en par al pronunciar Sigognac su nombre.

Viva luz brillaba en el cuarto; sobre una mesa cubierta con adamascado mantel de simétricos pliegues en la que humeaba una delicada cena servida en vajilla de plata, ardian rosadas bujías en ricos candelabros. Dos perdices cubiertas de una barda de dorada manteca se pavoneaban en el centro



de un círculo de ruedas de naranja, perdices á las que acompañaban manjares blancos y una torta de huevas de pescado. En un frasco de cristal salpicado de doradas florecitas brillaba un vino color de rubí, con el que, en otro frasco semejante, hacia juego un vino color de topacio. En la mesa habia dos cubiertos, y cuando Sigognac entró, Zerbina acababa de llenar un vaso de vino al marqués de Bruyeres, cuya mirada ardia de doble borrachera, pues jamás la maligna doncella habia estado más seductora, y de otra parte el marqués profesaba la máxima que sin Ceres y sin Baco, Venus se resfria.

Zerbina hizo á Sigognac un gracioso saludo con la cabeza en el que se mezclaban hábilmente la familiaridad de la actriz hácia el camarada y el respeto de la mujer hácia el noble.

—Grata sorpresa me dais,—dijo el marqués de Bruyeres.—Espero que sin temor de interrumpir la conversacion, vais á cenar con nosotros. Jaime, un cubierto para el caballero.

—Acepto vuestra amable invitacion,—dijo Sigognac,—no porque me hostigue el hambre, sino por no turbar vuestra cena, porque nada hay más desagradable para el apetito que un testigo que no come.

El Barón se sentó en un sillón que Jaime colocó delante del marqués, al lado de Zerbina. El de Bruyeres le cortó un ala de perdiz y le llenó el vaso sin hacerle ninguna pregunta, como persona de calidad que era, pues no se le escapaba que una circunstancia grave llevaba al Barón, de ordinario muy reservado y arisco.

—¿Os agrada este vino ó preferís el blanco?—dijo el marqués;—yo, para no dar celos á ninguno, bebo de los dos.

—Como por naturaleza y por costumbre soy muy sobrio,—respondió Sigognac,—atempero Baco con las ninfas, como decian los antiguos. El vino negro me basta; pero no he cometido la indiscrecion de penetrar en este retiro en hora tan intempestiva para comer. Marqués, vengo á solicitar de vos

un servicio que ningun noble puede negar á otro. La señorita Zerbina ha debido sin duda contaros lo ocurrido en el vestuario de las actrices. El señor duque de Vallombreuse ha querido llevar la mano á la garganta de Isabel, so pretexto de colocar en ella un lunar, accion indigna, lasciva y brutal, que no justificaba ninguna coquetería ó accion de parte de esa jóven, tan prudente como modesta, y á quien tengo en gran estima.

—Lo merece,—dijo Zerbina,—y aunque mujer y su camarada, no podria yo decir mal de ella aun cuando quisiese.

—Al ver la accion del duque,—prosiguió Sigognac,—he detenido su brazo, y su cólera se ha desatado en amenazas é invectivas á las que he contestado con burlona sangre fria, abrigado detrás de mi máscara de Matamoros. Luego me ha amenazado con hacerme apalear por sus lacayos, y, en efecto, poco rato há, cuando me dirigia á la posada de las *Armas de Francia* siguiendo una oscura callejuela, cuatro bribones se me han echado encima. Algunos cintarazos han bastado para dar cuenta de dos ellos; los otros dos han quedado como nuevos á manos de Herodes y el Intrigante. Aunque el duque imaginase no habérselas mas que con un pobre cómico, como en la piel de este se encuentra un hidalgo, tal ultraje no es posible que quede impune. Vos me conoceis, marqués; aun cuando hasta ahora hayais respetado mi incógnito, sabeis quienes fueron mis antepasados, y podeis atestiguar que la sangre de los Sigognac es noble de desde hace mil años, pura de toda alianza indigna, y que todos los que han llevado este nombre no han sufrido jamás una mancha en sus blasones.

—Barón de Sigognac,—dijo el marqués de Bruyeres dando por vez primera á su huésped su verdadero nombre,—atestiguaré por mi honor delante de quien deseis, la antigüedad y la nobleza de vuestra sangre. Palamedes de Sigognac hizo maravillas en la primera cruzada, en la que conducia cien lanzas equipadas y armadas á sus espensas. Era una épo-